

LA CANCIÓN DE LOS OSOS

Osos
Osos misteriosos,
Yo os diré la canción
De vuestra misteriosa evocación.

Osos negros y velludos del riñón de las montañas, silenciosos viejos monjes de una iglesia inmemorial, vuestros ritos misteriosos, vuestras prácticas extrañas, neronizan y ensangrientan la selvosa catedral.

Osos negros y danzantes que los zingaros de cobre martirizan, oso esclavo, oso fúnebre, oso pobre arrancado a las montañas de los montes del Tirolo; sé leer en vuestros ojos y podemos hablar sobre Alfa Troll....

Osos blancos de los polos, bellos osos diamantinos, nadie sabe que venís sobre el hielo de un imperio de hombres blancos y divinos que coronan con castillos diamantinos su país.

Osos,
Osos misteriosos,
Yo os diré la canción
De vuestra misteriosa evocación.

¡Arcas! ¡Víctima sangrienta! Plantas, flores, ecos, lirios; malhadado y cruento crimen del infausto Lycaon; en Arcadia los amores y los cánticos que inspiras, y en el cielo, con Calixto, la inmortal constelación. Los dos osos son asombro para el Toro y el León.

¡Vá Criniso! Muchas ansias lleva el mozo y vida mucha; si cual toro lucha fiero, como oso mejor lucha quien de Egesta será esposo; el crujido el monstruo entre los brazos en la lucha que se escucha; ¡Lucha, oso! ¡Lucha, oso! ¡Lucha, oso! ¡Lucha, oso!

Bellos osos de oro rojo que ya estáis en el regazo del azul donde el zodiaco sublimiza su visión; de la Lira hacéme oír el son;... dad saludos a la Virgen en mi nombre, y un zarpazo, si podéis al Escorpión.

Osos,
Osos misteriosos,
Yo os diré la canción
De vuestra misteriosa evocación.

Danzad suave y cuerdamente; que la peluda alpargata cubra la prudente pata cuyo paso no se siente. Y bajo la huyente frente, mirad con ojo mañero al gitano

que canta con voz de Oriente un raro canto lejano. Y hace sonar el pandero con la mano con que remienda el caldero. A los sueldos de los pobres encomienda al rededor vuestra persona, y en el parche del pandero caen los cobres por los osos, por el perro y por la mona.

Osos,
Osos misteriosos,
Yo os diré la canción
De vuestra misteriosa evocación.

A vuestro lado va la gitanilla, Brilla su mirada de negros diamantes, y su boca roja es fresca; gitanilla pintoresca, gitanilla de Cervantes ó Esmeralda huguesa, ya vosotros bien sabéis de quién os hablo, pues cien veces junto á ella contempláis cola y cuernos del señor don Diablo, protector de las lujurias en la tierra y los infiernos.

Osos,
Osos misteriosos,
Yo os diré la canción
De vuestra misteriosa evocación.

Danzad, osos, oh cofrades, oh poetas; Id, chafad en las campañas los tonillos y violetas, y tornad entre las flores del sendero, y danzad en el suburbio para el niño y el obrero, para el hosco vagabundo de las escabrosas rutas, para el pávido bandido que regó sangre y espanto, y para las prostitutas que mastican pan de crimen y de llanto, pues vuestra filosofía, no señala diferencia ni da halago ni reproche á la mística azucena que adornó el pecho del día, ó á la lúgubre mandrágora de la entraña de la noche.

Osos,
Osos misteriosos,
Yo os diré la canción
De vuestra misteriosa evocación.

Osos ermitaños que ponéis pavores en pastores y rebaños; el agudo cazador advierte que os ponéis en cruz ante la muerte, ó para dar el formidable abrazo, que ha de exprimir la vida contra vuestro regazo; vais en dos patas como el adanida, es así que he admirado vuestro andar de canónigo ó bien de magistrado. Con la argolla al hocico sacudís vuestra panza. ¡Osos sabios, osos fuertes y cautivos, á la danza!

Osos,
Osos misteriosos,
Yo os diré la canción
De vuestra misteriosa evocación.

¡Y al pasar un entierro, os he visto en la senda con la mona y el perro, entre el círculo formado por hombres zarrapastrosos, Grotescos enterradores. Iban conduciendo el carro de podredumbre y de flores; como signo de respeto

Rubén Darío ha muerto



RUBEN DARIO, el más alto poeta americano, fallecido en la ciudad episcopal de León (Nicaragua el 8 de los corrientes.

deseubriábase un mendigo y un soldado, el gitano se acordó de su amuleto. I tú, oso danzarín domesticado, se diría que reías como estando en el secreto del finado, de la losa, de la cruz y el esqueleto.

Osos,
Osos misteriosos,
Yo os diré la canción
De vuestra misteriosa evocación.

Mas no el requiem, ni el oremus, ni el responso del gangoso chantre llegue á vuestro oído, sabio y suave oso; mas el canto de las zingaras, ó la música del nido, ó la estrofa del poeta, ó el ruido de los besos ó el ruido del amor errante, ardiente en la carreta. Bien sabéis: la vida es corta y teniendo en vuestras fauces una torta ó un panal, profesáis vuestros principios más allá del Bien y el Mal.

Osos,
Osos misteriosos,
Yo os diré la canción
De vuestra misteriosa evocación.

RUBEN DARIO.

Vida i misterios de Rubén Darío

En un libro que acabó de publicarse, Rubén Darío cuenta su historia con meticulosidad i abandono. Quizás cuenta demasiado vulgares anécdotas de personaje oficial, quizás descubre indebidamente los secretos iniciales de sus poesías, que así se descomponen un poco i se desmoronan un minuto en frases comunes. Se ve que no ha inventado su historia, i la historia de uno, además de ser vivida, debe ser inventada. Hé aquí unos capítulos conmovedores:

II

Mi primer recuerdo—debo haber sido á la sazón muy niño, pues se me cargaba á horcajadas, en los cuadriles, como se usa por aquellas tierras—es el de un país montañoso: un villorio llamado San Marcos de Colón, en tierras de Honduras, por la frontera nicaragüense; una señora delgada, de vivos i brillantes ojos negros—¿negros?... no lo puedo afirmar seguramente.... mas así lo veo ahora en mi vago i como ensañado recuerdo—blanca, de tupidos cabellos oscuros, alerta, risueña, bella. Esa era mi madre. La acompañaba una criada india, i le enviaba de su quinta legumbres i frutas un viejo compadre gordo, que era nombrado "el compadre Guillén." "La casa era primitiva, pobre, sin ladrillos, enclencho campo. Un día yo me perdí. Se me buscó por todas partes; hasta el compadre Guillén montó en su mula. Se me encontró por fin, lejos de la casa, tras unos matorrales, debajo de las ubres de una vaca, entre mucho ganado que mascaba el jugo del yogol, fruto mucilaginoso i pegajoso que da una palmera, i del cual se saca aceite en molinos de piedra como los de España. Dan á las vacas el fruto cuyo hueso dejan limpio i seco i así produce leche que se distingue por su exquisito sabor. Se me sacó de mi bucólico refugio, se me dió unas cuántas nalgadas, i aquí mi recuerdo de edad desaparece como una vista de cinematógrafo.

Mi segundo recuerdo de edad verdaderamente infantil, es el de unos fuegos artificiales en la plaza de la iglesia del Calvario, en León. Me cargaba en sus brazos una fiel i excelente mulata, la Serapia. Yo estaba ya en poder de mi tía abuela materna, doña Bernarda Sarmiento de Ramírez, cuyo marido había ido á buscarme á Honduras. Era él un militar bravo i patriota, de los unionistas de Centro América, con el famoso caudillo general Máximo Jerez, i de quien habla en sus "Memorias" el filibustero yanqui William Walker. El recuerdo, hombre alto, buen ginete, algo moreno, de barbas muy negras. Le llamaban "el boón", seguramente por su gran boca. Por él aprendí á montar á caballo, conocí el hielo, los cuentos pintados para niños, las manzanas de California i el champagne de Francia. Dios le haya dado un buen sitio en alguno de sus paraísos. Yo me criaba como hijo del coronel Ramírez i de su esposa doña Bernarda. Cuando tuve uso de razón no sabía otra cosa. La imagen de mi madre se había borrado por completo de mi memoria. En mis libros de primeras letras, algunos de los cuales he podido encontrar en mi último viaje á Nicaragua, se leía la conocida inscripción:

Si este libro se perdiere, como suele suceder, suplico al que me lo hallase me lo sepa devolver i si no sabe mi nombre, aquí se lo voy á poner:
Félix Rubén Ramírez.

El coronel se llamaba Félix i me dieron su nombre en el bautismo. Fué mi padrino el citado general Jerez, célebre como hombre político i militar, que murió de Ministro de Washington, i cuya estatua se encuentra en el parque de León. Fué algo niño prodigio. A los tres años sabía leer según se me ha contado. El coronel Ramírez murió, i mi educación quedó únicamente á cargo de mi tía abuela. Fué mermando el bienestar de la viuda i llegó la escasez, si no la pobreza. La casa era una vieja construcción á la manera colonial; cuartos seguidos, un largo corredor, un patio con su

pozo, árboles. Rememoro un gran "jicaro", bajo cuyas ramas leía, i un granado que aún existe, i otro árbol que da unas flores de un perfume que yo llamaría oriental, si no fuese de aquel prodigio trópico i que se llama "mapolas".

La casa era para mí temerosa por las noches. Anidaban lechuzas en los aleros. Me contaban cuentos de ánimas en pena i aparecidos, los dos únicos sirvientes: la Serapia i el indio Goyo. Vivía aún la madre de mi tía abuela, una anciana, toda blanca por los años i atacada de un temblor continuo. Ella también me infundía miedos, me hablaba de un fraile sin cabeza, de una mano peluda que perseguía como una araña.... Se me mostraba, no lejos de casa, la ventana por donde a la Juana Catina, mujer mui pecadora i loca de su cuerpo, se la habían llevado los demonios. Una noche la mujer gritó desusadamente; los vecinos se asomaron atemorizados i alcanzaron a ver a la Juana Catina por el aire, llevada por los diablos, que hacían un gran ruido i dejaban un hedor a azufre.

Oía contar la aparición del difunto obispo García al obispo Viteri. Se trataba de un documento perdido en un ya antiguo proceso de la curia. Una noche el obispo de Viteri hizo despertar á sus pajes, se dirigió á la catedral, hizo abrir la sala del capítulo, se encerró en ella, dejó fuera á sus familiares; pero éstos vieron por el ojo de la llave que su ilustrísima estaba en conversación con su finado antecesor. Cuando salió "mandó tocar vacante"; todos creían en la ciudad que hubiese fallecido. La sorpresa que hubo al día fué que el documento perdido se había encontrado. I así se me atría el espíritu, con otras cuantas tradiciones i conjeturas sucedidos semejantes. De allí mi horror á las tinieblas nocturnas i el terror á ciertas pesadillas inenarrables.

Quedaba mi casa cerca de la iglesia de San Francisco, donde había existido un antiguo convento. Allí iba mi tía abuela á misa primera, cuando apenas aparecía el primer resplandor del alba, al canto de los gallos. Cuando en el barrio había un moribundo, tocaba en las campanas de esa iglesia el pausado toque de agonía, que llenaba mi pueril alma de terrores.

XXXII

Yo soñaba con París desde niño, a punto de q' cuando hacíamos oraciones, rogaba á Dios q' no me dejase morir sin conocer a París. París era para mí como un paraíso donde se respiraba la esencia de la felicidad sobre la tierra. Era la ciudad del Arte, de la Belleza, i de la Gloria, i, reina del Ensueño. E iba yo á conocer a París, á realizar la mayor ansia de mi vida, i cuando en la estación de Saint-Lazare pisé tierra parisiense, hospedé en un hotel español, que por cierto ya no existe. Se hallaba situado cerca de la Bolsa, i se llamaba Grand Hotel de la Bourse et des Ambassadeurs.... Yo deposité en la caja desde mi llegada, unos cuantos largos i prometedores rollos de brillantes i áureas águilas americanas de a veinte dólares. Desde el día siguiente tenía carruaje á todas horas en la puerta i comencé mi conquista de París.... Apenas hablaba una que otra palabra de francés. Fui á buscar á Enrique Gómez Carrillo que trabajaba entonces empleado en la casa del librero Garnier.

Carrillo, muy contento con mi llegada, apenas pudo acompañarme por sus ocupaciones; pero me presentó a un español que tenía el tipo de un gallardo mozo, al mismo tiempo que muy marcada semejanza en el rostro con Alfonso Daudet. Llevaba en París la vida del país de Bohemia, i tenía por querida a una verdadera marquesa de España. Era escritor de gran talento i vivía siempre en su sueño. Como yo, usaba i abusaba de los alcoholes i fué mi iniciador en las correrías nocturnas del Barrio Latino. Era mi pobre amigo, muerto no hace mucho tiempo, Alejandro Sawa. Algunas veces me acompañaba también Carrillo, i con uno i otro conocí á poetas i escritores de París, á quienes había amado desde lejos.

Uno de mis grandes deseos era Poder hablar con Verlaine. Cierta noche, en el café D'Harcourt, encontramos al Fauno rodeado de equívocos acólitos. Estaba igual al simulacro en que ha perpetuado su figura el arte maravilloso de Carrier. Se conocía que había bebido harto. Respondía de cuando en cuando a las preguntas que le hacían sus acompañantes, golpeando intermitentemente el mármol de la mesa. Nos acercamos con Sawa, me presentó: "Poeta americano, admirador, etc." Yo murmuré en mal francés toda la de-

LAS FUENTES GEMIDORAS

Para J. A. Falconi-Villagómez.

Blanca estela dejaba el cisne blanco
En las mágicas aguas azuladas,
Y la tarde de chispas perfumadas
No conseguía colorar su flanco.

Desde el frondoso césped de mi banco,
A la Milc de mármol enlazadas,
Trepaban las volubles lanceoladas
A ocultar el divino brazo mamco.

Lloraba olor de mirra el laberinto....
Y una mujer, en actitud de pena,
Maclaba su brazo sobre el plinto,

Sofnando indiferente de las horas,
Alguna historia triste que enajena
Cantada por las fuentes gemidoras....

HUMBERTO FIERRO.

Quito—II—MCMXVI

vección que me fué posible, concluyendo con la palabra gloria..... Quién sabe qué habría pasado esa tarde al desventurado maestro: el caso es que, volviéndose a mí i sin cesar de golpear la mesa me dijo en voz baja i pectoral: ¡La gloire... ¡La gloire!... ¡M.... M.... encore! Creí prudente retirarme i esperar para verle de nuevo una ocasión propicia. Esto no lo pude lograr nunca, porque las noches que volví a encontrarle se hallaba más o menos en el mismo estado; i aquello, en verdad era triste, doloroso, grotesco i trágico. Pobre ¡Pauvre Lelian! ¡Priez pour le pauvre Gaspard!....

Un tierno corazón

La señora Silvia Ruiz de Medina de la Peña y Arce—que así decían sus tarjetas por alarde aristocrático—estaba celosa.

Un año no más contaba su matrimonio. Habitaba un lugar de baños, que su esposo dejaba frecuentemente por ir á la capital á pasar uno ó dos días en su casa.

Educada para el gran mundo, su aturdimiento era "ad hoc", para hacer que se es privilegiada; i tenía chic, inocencias catalogadas y faltas de ortografía.

Con una de sus bruscas decisiones de niña mimada, Silvia proyectó y realizó un viaje á Buenos Aires en un día, haciéndose preceder de una carta, en la cual hablaba con entusiasmo del balneario, y manifestaba su resolución de prorrogar la temporada.

Llegó á las ocho de la mañana, cansada por la agitación del tren y la mala noche.

—¿El Señor....? preguntó imperativamente al portero, fulminado por la inesperada aparición.

Se encontraba en casa, recién levantado, con su tío charlando en el antecomedor. Fué todo lo que el portero pudo balbucir.

—No me amueñe; no le diga nada, ordenó la señora subiéndola la escalera con arrebatada precipitación.

Un vago incentivo de intriga, cierta comezoncilla de cólera, la emoción del paso que acababa de dar, conmovían sus facciones; y advirtiéndolo así decidió consultar rápidamente el espejo.

Del lejano antecomedor llegaban ecos de carcajadas.

Los infames! Están riéndose á sus expensas sin duda....

Semejante idea sugirióle la picardía de espíarlos, como lo efectuó, desliziéndose de puntillas, palpitante, por las piezas oscuras. Hé aquí lo que dejaba escuchar el alboroto de la calle, que el viento metía por las ventanas á cada rato:

El sobrino.—Es excelente!
El tío.—Y qué corazón!
Rumor.

El miserable del tío era cómplice, como lo sospechaba. Excelente! Tierno corazón!... Pero si eran las mismas cosas que le dijo á ella durante el mes de la luna de miel.

Nuevo silencio.
El tío.—Así es como me gustan.
El sobrino.—Claro está, son las mejores.

El tío.—Es francesa.
El sobrino.—Divina!
El tío.—Adorable!
El sobrino.—Puro corazón!

¡Francesa, adorable, divina, puro corazón!... Su tierno corazón, que ella, Silvia la frívola, la ingenua, celosa al fin, arrancaría con las uñas!....

Entró de un portazo brusco, en actitud de drama, la cabeza muy alta, los brazos duros como se hace en el teatro.

—¡Ah! ¿Tú por aquí?—dijo el marido acostumbrado ya á sus arranques habituales.

—Buenos días, Silvia; á tiempo —añadió el tío, alargándole un bocado de algo rojo en la punta de un tenedor.

Oh, derrumbe de todas sus sospechas!

Los dos golosos, frente á frente de una mesa, con sus servilletas al cuello, devoraban una monstruosa sandía blanca que el tío se encargó de comentar.

—De mi quinta: semilla provenzal "melón d'eau" legítimo. Puro corazón!

Y así fué como Silvia, obligada por el ridículo á tragarse sus celos en un amargo disimulo, tuvo que aceptar el prosaico bocado, y devorar heroicamente, como en una tragedia antigua, el corazón de su rival.

Leopoldo LUGONES.

Bronces

* Los ancianos son respetables, no por el número de sus años, dice la Escritura, sino por la prudencia, que es la vejez del hombre. Vida sin mancha es larga vida. No me he estrellado contra la prudencia, que es la vejez del hombre, mas aún contra la intemperancia del corazón y la palabra. Viejos incautos, viejos malévolo, viejos agresivos son mozos desvergonzados á quienes conviene reprimamos en favor de las buenas costumbres. Los que en medio de los vicios y las malas obras alegan sus años como carta de inmunidad, no tienen en la memoria las leyes divinas, ni juzgan que las humanas les imponen obligaciones. Así como los ministros del culto, los sacerdotes de Dios, á causa de su investidura están más obligados á la continencia y la abstinencia que el globo de los hombres, asimismo á los viejos, en cuanto seres añosos, les obligan más fuertemente la cordura y la mesura. Viejo que se pierde el respeto á sí propio, no es acreedor al de sus semejantes. ¡Oh, ancianos, sed dioses en la tierra, sedlo por el ejemplo del bien y la práctica de las virtudes y no pasaremos por vuestro lado sin descubrirnos, como ante la sabiduría encarnada en cuerpo venerable.

Juan MONTALVO.

HORA SANTA

Finge el sol con sus ténues llamaradas
y su doliente agonizar heroico,
un hermoso sultán viejo y estoico
que mostrara sus venas desgarradas.

Y la tarde—pletórica de penas—
cierra sus ojos y se rinde al sueño,
en tanto que la luna con empeño
avanza, entre negreros muy apenas.

En el ambiente hay un cantar mañabro,
y en las sombras un ir de formas raras
que corporiza el pensamiento mío;

Y, al ver heridos mis ensueños, labro
collares blancos con las perlas claras
que á mis pupilas arrancó el hastío.

M. V. PEREZ FLORES.

Del libro en prensa "Las Horas Encantadas".